

# Si desde lejos

Eugenia Revueltas

Wenn aus der Ferne, da wir geschieden sind / Ich dir noch kennbar bin...  
Du seiest so allein in der schönen Welt / Behauptest du mir immer, Geliebter!  
das Weisst du aber nicht...

Hölderlin

Analisa tenía dieciséis años cuando conoció a Fernando. Lo había visto por primera vez, parado allá, en el extremo del viejo muelle polvoriento y crujiente, imagen misma del desconsuelo. Parado en el límite del solitario malecón. Alto como una veleta, con la mirada tendida hacia el horizonte, el cuerpo atento y expectante como un mascarón de proa que otea las oscuras y espejeantes simas marinas; bello y distante, como Analisa siempre imaginó que aparecería el amor encarnado. Se acercó a él sin poderlo evitar, imantada por un viejo y latente ensueño. Se contemplaron por breves instantes y así dio inicio una más de las múltiples y triviales historias de amor, que cada verano, invariablemente, surgían en el distante y nostálgico puerto donde veraneaban las familias más o menos pudientes de la ciudad de tierra adentro.

Annelise la había bautizado su padre en desesperada añoranza de la patria perdida. La patria memorada y ensoñada que había abandonado cuando terminó la Primera Guerra Mundial. Heinrich había salido de Alemania huyendo del desencanto y la miseria. Perteneciente por derecho y por oficio a la élite dorada de la LuftWaffen, había conocido el breve esplendor del héroe, la ácida y mordiente sensación del asesino impune que la guerra sacraliza y la golosa euforia del amor y la admiración de las mujeres, que lo contemplaban con los mismos ojos codiciosos con los que apresaban las brillantes joyas que engalanaban sus cabellos y altivos cuellos.

¡Annelisel, cómo olvidarte si cada instante que transcurre, más en mi recuerdo te embellece. Amada, tanto más amada cuanto más distante y lejana. Recuerdas, o sólo soy yo el que recuerda, aquel día en que caminábamos bajo la dorada sombra de la *Platanen allée*; deteniéndonos a cada paso para escuchar las canciones que los amantes, susurran más que cantan, a los oídos de sus amadas mientras la suave corriente del Neckar los impulsa río abajo; recuerdas, o sólo soy yo el loco memorioso, cómo, tomados de las manos subimos anhelantes por la serpeante escalera que nos llevaba al pálido torreón desde donde Hölderlin, apresado ya por el oscuro dragón de la locura, musitaba, perdido, las calcinadas voces de su poesía, y recuerdas cómo en su memoria musitamos su *Wenn aus der Ferne*; cierro los ojos y te veo y te oigo; te siento y te evoco, tocando a Beethoven, apasionada y concentrada en *Los adioses*, melancólica e ingenua en el *Claro de luna*; me con-

templo en tus ojos, cuando me fui haciendo una figura cada vez más pequeña, mientras el tren se iba alejando de Frankfurt, camino al frente de batalla, cuando ya todo era inútil y la guerra se había perdido.

La derrota se consumó y Heinrich no tuvo el valor de buscar a Annelise y ofrecerle la dorada medianía del joven de familia noble metido a historiador. Dijo adiós a sus padres y encandilado por las bullentes faldas de una bailarina de flamenco, lanzóse a la aventura americana. No llegó más allá de la ciudad mítica y blanca que desde La Habana se le había transformado en una obsesión, tan absoluta como la de Carterwood. Por sus manos habían desfilado sugerentes, misteriosos y distintos los dibujos de este inglés que había sido encantado por los enigmas sin respuesta, que cada piedra labrada le planteaba, en aquella vasta sabana. Cuando desembarcó, inmediatamente fue seducido por el misterio y las solitaciones de la ajena belleza. Recorrió incansable, las ruinas, demandándoles respuestas a su infatigable preguntar germánico; su imaginación fue atrapada por la seductora sonrisa del pequeño dios reclinado de la ciudad de los Itzaes, cuya mirada suave y enigmática lo atraía, tanto, como la de la Gioconda que contempló por primera vez cuando fue con su padre a visitar el Louvre. Se preguntó sobre la vida, Dios, el amor y la muerte. Adentrado en este mundo de blancos espejismos, fascinado por las hieráticas imágenes y el sol maravilloso que iba matizando su



piel de un suave color melado, el recuerdo de la Mutterland se desvanecía entre el susurro de las caracolas, las cadencias de una lengua cuyas inflexiones le atraían como cantos de sirena; la amistad sin rigideces ni violencias, el muelle vivir al ritmo cadencioso y marino de la hamaca y el amor silencioso y agradecido de las mujercitas mayas.

Pasaron algunos años y se casó con una joven rica y virtuosa de la sociedad criolla; tan virtuosa que apenas si habían pasado dos meses de la boda y Heinrich ya se aburría mortalmente. Bella como una virgen sevillana que algo hubiera tomado de la hermosa dignidad de las estelas mayas, sólo sabía contemplarlo con sus ojos negros de venadita temerosa; incapaz de sostener una conversación inteligente, perdida en las diarias minucias de sus obligaciones de esclava, llenaba de tedio y encubierta cólera a Heinrich, que una noche despertó sobresaltado por el recuerdo punzante de Annelise.

A los diez meses de la boda nació una niña, en la que se combinaron armoniosamente lo indígena, lo español y lo alemán. Su padre decidió darle por nombre Annelise, en recuerdo de la felicidad perdida que se encarnaba en aquella novia de la juventud, cuya imagen a medida que pasaban los años y la nostalgia hacía estragos en el corazón de Heinrich, se agigantaba.

Annelise fue educada día a día, por un padre añorante y frustrado, que sentado a la orilla del mar, en los largos días del verano, suspiraba por los callados bosques invernales, las noches de estreno en el Bourg Theater, la discreta e inteligente charla de sus amigas y parientes. Annelise estudió alemán, piano, historia de Europa, filosofía alemana. Para ella era más natural contar la vieja historia del *Nubknacker* o de *Hensel und Gretel*; cantar *Die Blumen*, o *Ich liebe dich* que una linda trova de la tierra. Annelise creció distinta y distante de sus parientes y vecinos; a medida que crecía fue acercándose más y más a su padre, mientras una invencible repugnancia por la mujer obsequiosa, tímida, anhelante, oscurecida, baja y gruesa que era su madre se fue aposentando en su corazón. Amaba la voz de su padre cuando la llamaba ¡Annelise!; odiaba a la buena de su madre, que no sabía bien si por capricho o tontería, nunca pudo o nunca quiso pronunciar bien su nombre: Analuisa, Luisita, Anita, ¡tonta, irremediablemente tonta!, finalmente y

como transacción entre las partes quedó Analisa ¡sin diminutivos, por favor!

Analisa, como cada verano, fue al puerto a vacacionar. Ajena a todos, nadaba casi al salir el sol y luego se sumía en sus libros, indiferente a los llamados de su madre, cuidadosa de fomentar en ella las virtudes femeniles. Por las tardes, después de haber comido como pajarito, estudiaba por largas horas sonatas, fugas, vales scherzos, música toda, que forjaba en torno a ella como una cápsula de cristal iridiscente que la resguardaba de la banalidad de las cumbias, danzones, mambo, guarachas y bambucos.

Fastidiada por la incesante cháchara sobre novios, matrimonios, nenes y comidas, de la prole femenina de su casa, que como enjambre la rodeaba, tomaba a su padre de la mano y caminaban lentamente, como si lo hicieran en medio de uno de esos bosques de hojas claras y opalescentes de Alemania, tan ensimismados iban, que no sentían la caligine del atardecer veraniego y sí la brisa aromada de los abetos ensoñados y el claro rumor de los riachuelos que sirvieron de inspiración a Franz Josep para componer *La trucha*, ¡Deutschland über alles in der Welt! Pero aquel día, ensimismado y retraído estaba un joven que le recordaba algún personaje de Von Tieck o al terrible y fascinador Lisandro de los *Elíxires del diablo*. Ese día como llevo ya dicho, empezó una historia más de amor.

Analisa se casó y aprendió a escuchar con una sonrisa en los labios que la llamaran doña Anita; tuvo tantos hijos que nunca más volvió a abrir el piano y las partituras dormían el sueño de los justos; los viejos libros alemanes se llenaron de moho y un día los tiraron a la basura, por apestosos y porque Anita ya no entendía lo que decían; se habían cerrado sus oídos y su entendimiento, sólo recordaba los números ein, swei,... Analisa se convirtió en la cocinera más afamada de la sociedad porteña; si alguien quería una receta, la mejor, la más auténtica, entonces había que ir a casa de doña Anita. Nenes, chismes, enfermedades y recetas de cocina se convirtieron en el orbe nimio y complejo de la esposa del doctor González. A veces se sienta, fatigada y sonriente, a contemplar desde la terraza de su casa la puesta del sol y la veo escudriñar el horizonte y observo, atenta, desde el fondo mismo de la Annelise que fue, aparecer en el centro de sus pupilas una ligera sombra mientras su barbilla, antes delicada y ahora convertida en una doble papada, se relaja y tiembla. Tal vez me rastrea allá en los confines del horizonte, tan perdida ya, que sólo a veces, en ese breve instante en el que el cielo y el mar se funden en un incendio súbito e instantáneo, escucha mi voz y mis sueños esfumados como una nota solitaria y distinta, delicada y fugaz, sofocada por la diaria algarabía familiar.

—Doña Anita, quiero hacer un pato para Navidad, algo verdaderamente original y sabroso.

—Annelise, cuando finalmente podamos irnos a Aachen, escucharás, en el órgano de la catedral, la tocata *Santa Anna*, como si fuera la primera vez en tu vida,... Annelise, hija.

—¡Doña Anita! ¿me da la receta?

—Mi padre decía que en la Selva Negra, crecen unas cerezas color púrpura, que se doran y mezclan con el rui-barbo...

Si desde lejos, ya que estamos separados  
puedes reconocerme todavía...

...Sin cesar me aseguras, ¡oh amado!  
que te sientes solo en el bello mundo.

Sin embargo, no sabes... ♦

